

Peticion y coloquio.

Concededme, ó Señor, aquellos sentimientos tan justos del ciego que habeis sanado, sentimientos sin los que poco me serviría haber sido iluminado con las luces de la fe, porque vilmente caería en las tinieblas del pecado. Haced, ó Dios mio, que me sirva de la luz que me ilumina para hacer las obras de la justicia, y para prevenir aquella noche de la muerte, despues de la cual no podré ya jamás merecer la gloria que Vos me prometeis... Amen.

MEDITACION CLXXXII.

EL CIEGO DE NACIMIENTO PRESENTADO Á LOS FARISEOS.

(Joan. ix, 13-34).

Consideremos: 1.º el primer interrogatorio del ciego, en que triunfa la ingenuidad de la mala fe; 2.º el interrogatorio del padre y de la madre del ciego, en que la verdad triunfa de la política; 3.º el segundo y último interrogatorio del ciego, en que el celo triunfa del espíritu de seducción.

PUNTO I.

Primer interrogatorio del ciego de nacimiento, en que la ingenuidad triunfa de la mala fe.

1.º *Triunfo de la ingenuidad sobre la mala fe en la declaracion del ciego...* «Llevaron el que habia estado ciego á los fariseos. Y era «sábado cuando Jesús hizo el barro, y le abrió los ojos...» Aquellos judíos que fueron los primeros en preguntar al ciego juzgaron que era necesario dar parte de este negocio al tribunal de los fariseos, para que decidiesen qué cosa se debía pensar de este hecho, y qué consecuencias se debían sacar de él, ó en pro ó en contra de Jesucristo. Lo que irritaba á estos judíos era que esta sanidad se hubiese obrado en un día de sábado, como si Jesucristo, haciendo el barro con el polvo y con su saliva, ó mandando en aquel día al ciego á quien quería dar vista ir hasta los baños de Siloé, hubiese quebrantado en estas dos acciones la letra ó el espíritu de la ley. Se presentaron, pues, delante de los fariseos, donde se puede presumir que concurriese una gran multitud de pueblo, llevada de la novedad de la causa. Los judíos que introdujeron al ciego ya sano, hicieron la relacion de cuanto habia sucedido á su propósito. Los fariseos le hicieron á este hombre un nuevo interrogatorio, y dando muestras por su parte de su desinterés y de una suma indiferencia, le ordenaron que dijese en

su presencia cómo y de qué manera habia recuperado la vista... «De «nuevo, pues, le preguntaban tambien los fariseos en qué manera «hubiese obtenido el ver...» La inocencia y la simplicidad no se dejan atemorizar de las preguntas... El ciego ya sano, sin desconcertarse, y muy contento de tener ocasion de dar testimonio á su Bienhechor, les dijo (*en tres palabras*): «Puso lodo en mis ojos, y me la- «vé, y veo...»

2.º *Triunfo de la ingenuidad sobre la mala fe en la division que se forma entre los jueces...* Cuanto mas breve era esta declaracion del ciego, tanto mas apretaba. De hecho, ella produjo un cisma entre los miembros del Consejo... «Y decian algunos de los fariseos (*hablando de Jesucristo*): No es de Dios este hombre que no observa «el sábado; otros decian: ¿cómo puede un hombre pecador hacer «tales prodigios? Y estaban entre sí divididos...» Los primeros miraban el hecho como bien verificado, y se remitían á la ley y al quebrantamiento del sábado. Los segundos tenían por muy débil este efugio contra hechos de esta especie, y sostenían que admitiéndose el hecho era necesario creer en Jesucristo, y mirarlo como enviado de Dios; ó que si se miraba como un pecador era necesario negar el hecho, siendo imposible que un pecador obrase semejantes prodigios. La disension causaba ya ruido, y no hacia honor á ellos... Ella no hace menos estrépito, ni se hace menos pública entre aquellos que profesan el error y siguen la impiedad. ¿Cómo es posible creer á unos maestros guiados tanto de la pasion, tan vacilantes en sus principios, y siempre determinados á sostener las paradojas mas increíbles y contradictorias, antes que creer á la evidencia de la verdad?

3.º *Triunfo de la ingenuidad sobre la mala fe en la conclusion del ciego...* No obstante la disension que reinaba en el Consejo, se aplicaron luego á la primera opinion que admitía el hecho, y condenaba al autor del milagro como transgresor de la ley del sábado. Pero como este parecer no quedaba sin dificultad, quisieron hacerlo creíble con apoyarlo en el sentimiento mismo de la persona interesada. Se vieron, pues, entonces por una vergonzosa é indecible extravagancia humillados los jueces á preguntar su parecer á aquel que ellos debían juzgar. Una sola palabra que él hubiese dicho, ó equívoca ó poco favorable á Jesús, les habria bastado; y se persuadieron que el temor ó la complacencia se la habria fácilmente sacado de la boca á un hombre plebeyo, á un mendigo que conocia su modo de pensar, y que debía estar sobrecogido de la majestad de su

tribunal. Pero ellos no conocían á aquel con quien hablaban... «Dijeron por esto de nuevo al ciego: Tú, ¿qué dices de aquel que te ha abierto los ojos? Él respondió (*sin detenerse y con su ordinaria precisión*) que es un profeta...» ¡Oh generoso defensor de la verdad, y cuán adelante te guiará este primer paso! Por una confesion semejante mereció la Samaritana conocer al Mesías, y la misma fortuna tendrás tú presto... La fidelidad que se tiene á una verdad que se conoce, infaliblemente nos guia á conocimientos mas perfectos, mas útiles y de mayor consolacion, como, al contrario, el abuso que se hace de ella, no solo nos priva de las otras verdades que habriamos conocido, sino que nos hace tambien perder aquellas que ya conocíamos.

PUNTO II.

Interrogatorio del padre y de la madre del ciego, en que la verdad triunfa de la política.

1.º *La verdad triunfa de la política de los fariseos...* «No creyeron, pues, los judíos que él hubiese sido ciego, y viese, hasta tanto que hubieron llamado los padres del que habia recibido la vista, y les preguntaron, diciendo: ¿Es este aquel vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?...» El ciego habia inferido de su curacion que Jesús era un profeta. Era demasiado juiciosa esta conclusion para no hacer impresion sobre el espíritu del pueblo; y justamente para impedir su efecto se aplicaron al segundo sentimiento que negaba el hecho de la sanidad. Mas para poderlo negar con alguna sombra de verosimilitud era necesario estudiar antes los medios de oscurecerlo, de enredarlo y de debilitarlo; y esto esperaban poder hacer, excitando al padre y á la madre del ciego de nacimiento, y preguntándoles en términos que les hiciesen entrever lo que deseaban ellos que dijesen. Por poco que hubiesen variado por temor en sus deposiciones habria comparecido el hecho no mas que débilmente dudoso; y esto hubiera sido bastante para declararlo totalmente falso. Pero toda esta política, toda esta pompa de juridicas averiguaciones y preguntas acabó con hacer mas resplandeciente la verdad que querian oscurecer.

2.º *La verdad triunfa de la política de los padres...* «Respondieron los padres de él, y le dijeron: Sabemos que este es nuestro hijo, y que nació ciego. Cómo, pues, ahora vea, no lo sabemos, ó quién le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos: preguntádselo á él; edad tiene, que hable él por sí mismo. Así hablaron

«los padres de él porque tenian miedo de los judíos...» Estaban bien informados los padres del ciego: podian responder á todas las preguntas; pero no tuvieron valor. Con todo, por tímida y política que fuese su respuesta, la verdad no dejaba de comparecer en toda su mayor claridad. Es verdad que no lo decian todo; pero en lo poco que decian, decian lo bastante para verificar el milagro. Si no se atrevieron á nombrar al autor, si se excusaron echando todas las cosas sobre su hijo, fue timidez; pero esta misma timidez daba nueva fuerza á su testimonio, y ponía fuera de duda y de sospechas la deposicion que ellos hacian de que aquel era su hijo, y que habia nacido ciego... ¿Es acaso nuestro temor de los juicios de los hombres menos excusable? ¡Cuántas veces nos ha espantado, de suerte que nos ha hecho faltar á los intereses de la verdad y de la Religion!

3.º *La verdad triunfa de la política de la Sinagoga...* «Porque habian ya decretado los judíos que si alguno confesase á Jesús por el Cristo, fuese echado fuera de la sinagoga...» Este decreto de la Sinagoga era notorio á todo el mundo, y las cabezas de los judíos no podian hacer otra cosa mas propia para detener el pueblo, y alejarlo de recibir al Mesías... Hé aquí ya la Sinagoga endurecida en su ceguedad; héla aquí declarada contra el Cristo, que ella habria debido reconocer la primera para hacerlo conocer á los otros; héla aquí desde ahora y para siempre la rival y la enemiga de la Iglesia hasta que la verdad haya plenamente triunfado de ella. Pero su política será aun en el presente hecho desmentida. Sus amenazas y sus furiosos servirán antes bien á verificar la verdad y á darle un nuevo esplendor.

PUNTO III.

Segundo interrogatorio del ciego de nacimiento, en que el celo triunfa del espíritu de seducción.

Lo 1.º *El celo triunfa del espíritu de seducción y de engaño, dejando aparte las preguntas inútiles...* Cuanto mas se esforzaban los fariseos á oscurecer la verdad, tanto mas se hacia ella ver de ellos, y á los ojos de todo el pueblo. Con todo eso, como habian observado la timidez en los padres, esperaron que esta se habria comunicado al hijo, y que así podrian sacar de él una respuesta mas favorable y mas circunspecta; pero su corazon estaba inaccesible á todo sentimiento de temor; veía él con indignacion la mala fe y la parcialidad de sus juicios; no podia sufrir el oír sus fraudulentas preguntas, y

aquellos famosos doctores de quienes muchas veces habia oido hablar, y que ahora veia por la primera vez, le parecieron dignos de todo desprecio... «Llamaron, pues, de nuevo á aquel que habia estado ciego, y le dijeron: Da gloria á Dios; nosotros sabemos que «este hombre es pecador...» Esta introduccion, en que los fariseos afectaban un tono de celo y religion, este discurso lo amargó, se veia en él demasiado ultrajada la gloria de su Bienhechor para que se pudiese contener: interrumpió la pregunta, y tomó la palabra sin esperar á ver qué cosa le querian preguntar, y les dijo: si él sea pecador, no lo sé: una cosa sé: que habiendo sido ciego, ahora veo... Con estas palabras dió directamente en el blanco... De hecho, cuando se trata de la fe, ¿de qué sirven tantas inútiles preguntas como se hacen únicamente para mudar de medio y hacer perder de vista el objeto principal? La impiedad y la herejía procuran siempre prevenir los espíritus contra aquellos que combaten sus dogmas. Estos impíos tienen la advertencia de proponer un objeto al odio del pueblo para impedir que se vuelva la indignacion contra los que enseñan el error. Pero vamos al hecho; cuando la Iglesia ha hablado, cuando la Iglesia ha decidido, sean lo que se fuesen las personas, esto nada importa á la cuestion, siempre nos queda que es necesario creer á la Iglesia, y someterse á lo que ha decidido y á lo que enseña. Cuando se busca solamente la verdad, bien presto se halla, y no son necesarios tantos subterfugios; pero cuando se quiere oscurecer, entonces jamás se acaba.

Lo 2.º *El celo triunfa del espíritu de seduccion evitando las repeticiones...* El orgullo de los fariseos quedó sin duda herido de la vivacidad con que el ciego habia respondido sobre un punto de que no se le preguntaba; pero les convino disimular, y continuando la pregunta... «le dijeron: ¿Qué te hizo? ¿cómo te abrió los ojos?...» Los que se obstinan contra la verdad no se cansan jamás de repetir objeciones, ya mil veces desatadas y destruidas, de hacer continuamente las mismas preguntas, y de volver incesantemente á las mismas dificultades. La malicia y el embarazo de los fariseos unidos á aquel aire de autoridad, de gravedad y de religion que afectaban, eran despreciables y al mismo tiempo ridículos. Nuestro ciego, que los conocia bien, refutó la pregunta que le habian hecho, y se hizo de ella una materia de burla y de bafa... «Les respondió: «os lo he dicho ya, y lo habeis oido, ¿por qué quereis oirlo de «nuevo? ¿quereis por ventura ser tambien vosotros sus discípulos?...» No era necesario tanto para hacer perder la paciencia á

los fariseos... *Lo cargaron de oprobios*, de anatemas, de injurias y de maldiciones, de las cuales la mas terrible, segun ellos, fue decirle... «Tú seas su discípulo, nosotros somos discípulos de Moisés...» Moisés es el maestro que nosotros seguimos; este nos basta, no queremos otros. Tal era la ceguedad de los fariseos; les parece que lo han dicho todo nombrando á Moisés. Pero Moisés los desecha, porque les ha anunciado el Mesías, y ellos no lo creen. Ninguno se abandona al error, sin presumir del maestro que sigue. Yo tengo mi razon, dice el impío; pero la razon lo condena, porque ella nos descubre la necesidad que tenemos de otra luz, y él no la quiere. Reconozco un Dios, dice el deista; pero Dios lo condena, porque él ha hablado bien claro para obligarnos á escuchar á su Hijo, y él no lo escucha. Tengo el Evangelio, dice el hereje, no tengo necesidad de concilios ni de nuevas decisiones; pero el mismo Evangelio lo condena, porque nos envia á las decisiones de la Iglesia, y él no las recibe.

Lo 3.º *El celo triunfa del espíritu de seduccion, rebatiendo y probando con solidez...* Los fariseos, para justificar sus sentimientos y traer á sí el pueblo, añadieron: «Nosotros sabemos que habló Dios «á Moisés; pero este no sabemos de dónde sea...» Inflamado con estas palabras el valor del generoso confesor de Jesucristo, desfogó su celo, y con otra tanta razon que vivacidad «respondió, y les dijo: Y aquí justamente está la maravilla *que vosotros...*» Los fariseos que haceis punto de honor de ser sábios y que os haceis nuestros doctores... *Vosotros* «no sabeis de dónde él sea...» Este hombre, de quien ni siquiera os dignais informaros ciertamente, «hoy «abrió mis ojos, ahora sabemos...» Y vosotros mismos nos enseñais esta verdad incontrastable... «Que Dios no oye á los pecadores...» ni á los impíos, confirmando con milagros sus blasfemias y su impiedad... «Pero el que honra á Dios, y hace su voluntad, este es «oído de Dios...» ¿Y de qué milagro se trata ahora entre nosotros? De un prodigio sin ejemplo desde el origen de los siglos, de la sanidad de un hombre que nació ciego... «Desde que el mundo es «mundo, no se ha oido decir que alguno haya abierto los ojos á un «ciego de nacimiento: si este no fuese de Dios, nada podría hacer...» No solamente no podría hacer un tan grande milagro, sino que nada podría hacer... Aquí podemos y debemos conocer el cumplimiento de aquella grande promesa de Jesucristo, hecha á sus Apóstoles, asegurándoles que cuando fuesen citados delante de los jueces, el Espíritu Santo les sugeriria las palabras que debian de-

cir... Debió toda la asamblea quedar extremadamente sorprendida al ver tal firmeza de ánimo y rectitud de razonamiento en un hombre como este. No habian sufrido jamás los fariseos una escena tan humillante como esta, ni supieron de dónde sacar términos bastantemente fuertes para expresar su resentimiento... Desgraciado, «le respondieron, y dijeron: Tú has nacido lleno de pecados...» La maldición de Dios te cogió en el instante mismo en que naciste; eras tú indigno de ver el día, has vivido miserable, tú eres el desecho de los hombres... «¿Y tú nos enseñas?...» Sal de aquí, y haz que ya ninguno te vea... «Y lo echaron fuera...» Y lo declararon excomulgado, indigno de entrar en el templo, y excluido para siempre de la Sinagoga... Así se terminó esta gran causa, y la asamblea se deshizo.

Peticion y coloquio.

Dichoso ciego, ¡cuán gloriosa es tú suerte! tú eres echado de la Sinagoga reprobada, para ser admitido en la Iglesia del Mesías, y ocupar en ella un puesto distinguido. Tú eres el primero que ha sido citado delante de los magistrados por el nombre de Jesús. Tú el primero le has dado testimonio delante de los tribunales, tú el primero has confundido sus enemigos, y has sido el primero hecho anatema por él, y ciertamente apenas lo conociste. ¿Qué harías si lo hubieses bien conocido, y recibido su Bautismo y su espíritu? ¡Ay de mí! yo he recibido este santo Bautismo y este divino espíritu; pero ¿tengo amor, celo y ardor? ¡Ah! haced, ó Dios mio, que á vista de un tal ejemplo nada me atemorice en serviros, que no me detenga ya mas el respeto humano, que la presencia de los mundanos, que el temor de algunos dichos y desprecios, y la aprension de las mas terribles vejaciones no me impidan ya el hablar y obrar por vuestra causa. Amen.

MEDITACION CLXXXIII.

EL CIEGO DE NACIMIENTO INSTRUIDO POR JESUCRISTO.

(Joan. ix, 35-41).

1.º Jesús encuentra este ciego; 2.º la advertencia que hace al pueblo; 3.º su respuesta á los fariseos.

PUNTO I.

Jesús encuentra al ciego.

1.º Jesús se le acerca... «Oyó Jesús que lo habian echado fuera, «y habiéndolo encontrado, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?...» El ciego, vejado por los enemigos de Jesucristo, se hizo siempre mas digno de la misericordia de este Dios salvador, y no pasó mucho tiempo sin que fuese sensiblemente consolado de la persecucion que habia sufrido. Quiso Jesucristo recompensar á su generoso defensor comunicándole una luz mucho mas grande y superior á la del cuerpo que le habia dado... Fué luego á buscarlo; se le acercó él primero, y por un favor no concedido hasta ahora á otro alguno le dijo: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?...» ¡Qué bondad en Jesucristo! siempre se gana alguna cosa en su servicio, y un favor de que se haga buen uso es siempre la prenda segura de otro mucho mas señalado... La misma bondad usó con nosotros Jesucristo... En nuestro bautismo, y antes que estuviésemos en estado de poder hacer alguna cosa por él, nos fue preguntado de su parte si creíamos en él, y desde nuestra infancia se nos enseñó á creer en él; pero si ahora nos lo preguntasen, ¿qué responderíamos? ¿Qué? nosotros creemos en el Hijo de Dios, y cada día quebrantamos su ley: hablamos de su religion como impíos: asistimos sin devocion á sus misterios, y estamos en su presencia sin respeto alguno. ¡Cuántas profanaciones y cuántas prevaricaciones! ¿Y somos nosotros los que creemos en el Hijo de Dios?

2.º *Jesús le manifiesta su divinidad...* El ciego ya sano reconocia á Jesucristo por un profeta y por un hombre enviado de Dios; pero cuando oyó este gran nombre de Hijo de Dios, ya no supo si aquel de quien hablaba Jesús fuese el mismo ó si fuese un otro. Bien le decia su corazon que era él, pero no se arriesgaba á fiarse de los sentimientos de su amor y de su reconocimiento. Determinado á creer á Jesucristo sobre su palabra, sin temor de que el que le habia dado el uso de la vista pudiese engañarlo, ardiendo en deseos

de ver al Hijo de Dios, y siempre lisonjeado de la dulce esperanza que aquel seria su bienhechor... «respondió y dijo: ¿Quién es, Señor, para que yo crea en él?...» ¡Ah! estaba ciertamente bien dispuesto este corazón. ¡Oh cuán acepta era al Señor esta disposición! Si lauviésemos también nosotros, bien presto seríamos iluminados... No se engañó el ciego en su expectación... «Le dijo Jesús: Y lo has visto, y el que habla contigo ese mismo es...» ¿Quién podrá decir de qué admiración y de qué júbilo tan inefable fue sorprendido á esta declaración este nuevo prosélito?

3.º *Jesús recibe su adoración...* Apenas el divino Salvador se dió á conocer á este fervoroso neófito, penetrado este hombre de respeto, y transportado de alegría y de amor, exclamó y dijo: «Señor, yo creo...» De este modo nuestro ciego es también el primero que haya adorado públicamente á Jesucristo como á Hijo de Dios... Tantas prerrogativas nos deben ciertamente hacer bien respetable este mendigo, y aquí debemos reconocer el cumplimiento literal de aquella palabra que había avanzado Jesucristo: *que este hombre había nacido ciego, para que en él se manifestasen las obras de Dios...* Pero ¿cuál fue su adoración? Ella fue interna y llena de fe; ella fue exterior y llena de humildad, cual la exigía el objeto de su fe y la cualidad de Hijo de Dios en aquel que él adoraba; y ella fue pública y sin respeto humano á la vista de todo el pueblo y de los enemigos mismos de Jesucristo... ¿es así la nuestra? ¡Ah! digamos también francamente, que si Jesucristo aceptó aquella favorablemente, debe desechar la nuestra, y castigarla severamente.

PUNTO II.

Advertencias de Jesús al pueblo.

Cuanto había agradado á Jesucristo la acción del ciego que había sanado, tanto le desagradó la infidelidad de los fariseos. Bien lo dió á entender con aquellas palabras que en el momento mismo enderezó al pueblo que se había juntado... «Jesús dijo: Yo he venido á este mundo para hacer juicio, para que los que no ven, vean; y los que ven, se hagan ciegos...» Esto es, he venido á este mundo para ejecutar los decretos eternos de Dios, el cual, por razones ocultas, abre los ojos del espíritu á aquellos que están en ceguera, y cubre de una funesta ceguera á aquellos que se creen más iluminados y se glorían de enseñar á los otros el verdadero camino de la salud. Este juicio, de una misericordia infinita para con los unos,

y de un castigo terrible sobre los otros, ¡oh y cuántas veces se ha ejercitado y aun se ejercita!

Lo 1.º *Sobre los gentiles y sobre los judíos...* Los gentiles sepultados en las tinieblas de la idolatría han recibido al Mesías y la luz del Evangelio, y los judíos revestidos de esta luz, instruidos de Moisés y de los Profetas, testigos oculares del Mesías, lo han desechado, lo han crucificado, han perseguido su Iglesia, y han hecho todos los esfuerzos para sofocarla en la cuna.

Lo 2.º *Sobre los pueblos del nuevo mundo y sobre los del antiguo...* Los primeros salvajes y bárbaros se han despojado de su inhumanidad; han entrado y entran hasta ahora á tropas en el seno de la Iglesia católica para vivir con una pureza y un fervor que nos causa vergüenza, y que es digno de los primeros siglos del Cristianismo, mientras que entre nosotros pueblos enteros han abandonado la fe de la Iglesia, han cambiado las máximas de la subordinación y de la docilidad, aprobadas y seguidas de sus padres, han reconocido nuevos maestros sin misión y sin aprobación, y los han preferido á los que Jesucristo les había dado, y á los que había prometido su eterna asistencia, y les había mandado escuchar como á él mismo.

Lo 3.º *Sobre los humildes y sobre los orgullosos...* Aquellos pequeños é ignorantes á sus propios ojos caminan con simplicidad en la fe, conocen y gustan á Dios, observan su ley, viven una vida inocente, desprecian los bienes del siglo presente, esperan los eternos, y mueren deliciosamente en esta santa esperanza; mientras que estos soberbios por su grandeza y sus riquezas, ó hinchados de su saber, descuidan del pensamiento de su alma, ignoran la ciencia de la salud, no tienen más atención que para los bienes y diversiones del siglo, y no comprenden cosa alguna en los caminos de Dios... ¡Oh abismo profundo de los juicios de Dios! ¡Ah! no me cegueis, ó Señor, á mí que me he criado en medio de tantas luces, y que tanto tiempo he abusado de ellas; antes bien, tened piedad de mi ceguera, haced en mí un dichoso cambio. Abrid mis ojos para que yo os vea, vea á Vos solo y á vuestra santa voluntad, é ignore todo lo demás.

PUNTO III.

Respuesta de Jesús á los fariseos.

«Y lo oyeron algunos de los fariseos que estaban con él, y le dijeron: ¿Somos, acaso, ciegos también nosotros? Jesús les dijo:

« Si fuérais ciegos no tendríais culpa ; pero ahora, porque decís ve-
« mos, subsiste vuestro pecado... » Esto es, si vosotros os creyérais
tan ciegos, como en efecto sois, buscaríais quien os instruyese, y
luego saldríais de el error, y no estaríais en pecado ; pero vosotros
pensáis que lo sabeis todo, y que no se os puede enseñar cosa al-
guna de nuevo : este es el motivo porque jamás saldréis de vuestra
infidelidad ; vosotros os quedaréis siempre ciegos... Consideremos
en estas palabras tres suertes de ceguedad :

1.^a *Hay una ceguedad comun á todos los hombres que debe cada uno
disipar en cuanto le sea posible...* No preguntemos ya con los fari-
seos, si somos ciegos ; sino reconozcámoslo y confesémoslo con hu-
mildad. Sí, somos ciegos sobre vuestras pasiones y sobre sus peli-
grosas consecuencias : sobre nuestros pecados y sobre la necesidad
de hacer penitencia : sobre vuestras obligaciones y sobre su im-
portancia : sobre nuestros escándalos y sobre sus consecuencias :
sobre el uso del tiempo y sobre la cuenta que debemos dar de él :
somos ciegos en las cosas de Dios, en los misterios de Jesucristo,
en los caminos interiores, en el estado de nuestra conciencia, y en
los escondrijos de nuestro corazon, y somos finalmente ciegos en
otras mil maneras. ¡ Ah ! humillémonos, apliquémonos, instruyá-
monos, y pidamos á Dios que nos ilumine. Guardémonos sobre todo
de huir la luz por el temor de vernos obligados á obrar el bien.

2.^a *Hay una ceguedad involuntaria que Dios sabe excusar...* Los
gentiles, antes que les fuese anunciado el Evangelio, no podian su-
jetarse á él : los pueblos salvajes ó remotos, donde no se ha predi-
cado aun Jesucristo, no pueden reconocerlo y adorarlo, y sobre este
punto no tienen pecado. Si nosotros mismos hubiésemos quebranta-
do una ley que ignorábamos con una ignorancia invencible ; si en
nuestras confesiones hechas hubiésemos tenido alguna omision con-
siderable sin culpa nuestra despues de un diligente exámen, y con
una sincera voluntad de no esconder ni ocultar cosa alguna, en es-
to no tendríamos pecado. Si sobre este particular tenemos solamen-
te temores inciertos, sin que se presente á nuestra memoria cosa
alguna determinada, no nos dejemos atemorizar de vanos escrúpulos,
que no servirían de otra cosa que de hacernos aflojar en el ca-
mino de la perfeccion. El Dios á quien servimos es santo, pero es
justo ; conoce nuestra flaqueza, y no nos manda cosas imposibles.

3.^a *Hay una ceguedad obstinada contra la luz misma que nosotros
debemos detestar...* Tal era la de los fariseos, los cuales contra la
evidencia de las profecias y de los milagros se obstinaron en no re-

conocer en Jesucristo el Mesias, y decian : nosotros vemos, no-
otros somos los doctores de la ley ; y con esto alucinaban al pue-
blo, y lo alejaban de creer en él... Tal es la ceguedad de los im-
pios, los cuales, contra la evidencia de las pruebas de la revelacion,
se obstinan en no reconocerla, y dicen : nosotros vemos, nosotros
somos espíritus fuertes, estamos criados fuera de todo prejuicio ; y
con esto arrastran en su impiedad á los espíritus superficiales, ya
dispuestos para esto por la corrupcion de las costumbres... Tal es la
ceguedad de los heresiarcas, de las cabezas de partido, los cuales
contra la evidencia de la autoridad de la Iglesia se obstinan en des-
echar sus juicios, y dicen : nosotros vemos, nosotros somos sábios,
profundos teólogos ; nosotros penetramos el sentido de las Escritu-
ras, nosotros poseemos la doctrina de los Padres, y con esto se lle-
van tras sí en la rebelion los espíritus vanos y orgullosos, amigos
de la novedad... ¡ Oh infelices doctores ! espíritus fuertes y sábios,
seria ciertamente mejor para vosotros que fuérais ciegos é ignoran-
tes ; pero porque por vuestra propia confesion teneis luces, y aun
creéis tener mas que las que de hecho poseeis, por esto subsiste
vuestro pecado : subsiste, porque no se puede excusar por la igno-
rancia ; subsiste, porque vuestra obstinacion os hará perseverar has-
ta la muerte, y subsiste, finalmente, porque por un fatal contagio se
perpetuará de edad en edad, y os hará responsables de todos los pe-
cados de que el vuestro habrá sido el amargo origen.

Peticion y coloquio.

¡ Ah ! Señor, preservadme de aquella falsa sabiduría que hace al
hombre orgulloso é indócil, porque es sábio á sus propios ojos. No
me abandoneis en poder de mis pasiones ni de mis prevenciones.
Perdonadme los pecados de ceguedad y de ignorancia, perdonad-
me los pecados que no conozco, concededme vuestra luz para que
los conozca, y vuestra santa gracia para que me corrija de ellos :
dignaos, ó Jesús, de hacerme oír en lo mas profundo de mi cora-
zon aquellas palabras de consuelo que enderezásteis al ciego que
sanásteis... « Aquel que contigo habla ese mismo es... » Ese es el
Hijo de Dios. Está, pues, atenta, alma mia : aquel que ves bajo las
especies consagradas, aquel que te habla internamente y que quie-
re dignarse de entretenerse contigo, es él mismo ; es el Hijo de Dios,
es tu Salvador : alégrate, derrítete en lágrimas de gozo y de ternu-
ra, y consúmte de amor de un Dios tan grande y tan poderoso, y
al mismo tiempo tan bueno y tan amable. Amen.

MEDITACION CLXXXIV.

ÚLTIMO DISCURSO DE JESUCRISTO EN JERUSALEN DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS Y DE HABER SANADO AL CIEGO DE NACIMIENTO.

(Joan. x, 1-5).

JESÚS ES EL VERDADERO PASTOR.

Jesús es el verdadero pastor; 1.º por la manera con que entra en el rebaño; 2.º por la manera con que trata con las ovejas; 3.º por la manera con que se portan con él las ovejas.

PUNTO I.

Jesús es el verdadero pastor, por la manera con que entra en el rebaño.

«En verdad, en verdad os digo, el que no entra en el redil por la «puerta, sino que sube por otra parte, es ladrón y asesino. Pero el «que entra por la puerta es pastor de las ovejas; á este abre el portero...»

Lo 1.º *Consideremos cuál es el sujeto de esta parábola...* Tuvo Jesucristo este discurso en la ocasión del ciego de nacimiento y de la resolución que tomaron las cabezas de los judíos de echar de la Sinagoga á cualquiera que creyese que Jesucristo fuese el Mesías. Para entrar en el sentido alegórico es necesario primero comprender bien el sujeto, ó sea el sentido material, que era familiar á los judíos, pero que se nos ha hecho extraño por el cambio de costumbres y de usos. El cuidado de criar los rebaños habia sido la ocupación de los Patriarcas, y constituía aun en las campiñas la riqueza de la nación. Conviene representarnos el orden que reinaba, y el uso que se practicaba en las casas de estos pastores opulentos, que tenían numerosos rebaños de todas las especies. Cada rebaño estaba confiado á un cabeza, que ayudado de otros, si era necesario, lo conducía y lo volvía otra vez al lugar destinado. Á proporcion que por la tarde llegaban las manadas, y entraban en sus diferentes apriscos ó estacadas, el que se llamaba portero cerraba con la llave cada una de estas divisiones, y llevaba á casa del señor las llaves. Por la mañana el portero volvía á coger las llaves, y abría á las guías del rebaño segun que se presentaban... Como el rebaño de las ovejas es el mas delicado y exige mayor atención, es tambien el mas manso y al que se tiene mas afecto. Este es el motivo por

que este tenía frecuentemente por pastor al dueño mismo ó á su hijo. Sobre este último rebaño y sobre su pastor funda justamente el Salvador su alegoría, y bajo de esta imágen, tan llena de dulzura y de ternura, nos representa la relación que hay entre él y nosotros. ¡Oh y cuánto debemos enternecernos! ¡Oh divino Pastor de mi alma, yo soy una oveja vuestra, conducidme, no me abandonéis, en Vos pongo toda mi confianza y todo mi amor!

Lo 2.º *Consideremos cómo el Salvador ha entrado por la puerta...* Jesucristo, como verdadero pastor, se pone aquí en oposición con el ladrón ó asesino, que buscaba solo robar y matar las ovejas. El discernimiento es fácil de hacerse. Si alguno entra en el redil, ó subiendo por alguna abertura, por una ventana ó por el techo, es seguramente un ladrón; pero aquel á quien abre el portero, y que entra por la puerta, aquel es el verdadero pastor. Ahora ¿de qué manera se ha hecho conocer Jesucristo por pastor de nuestras almas? ¿Cómo ha entrado en el redil? Al presentarse, todas las puertas, por hablar así, se le han abierto. Desde su nacimiento han comenzado á cumplirse en él todas las profecías, y han continuado á cumplirse hasta el día mismo de su muerte. Juan Bautista lo ha anunciado, le ha allanado los caminos, lo ha mostrado, se ha dejado oír la voz del Padre, y lo ha nombrado; sobre él ha reposado el Espíritu Santo, el poder de los milagros lo ha acompañado por todo el tiempo, y ha autorizado todas sus acciones y toda su misión. Está es un entrar seguramente por la puerta al rebaño. No tenían, pues, razón los fariseos para no reconocer un Pastor tan legítimo y tan autorizado.

Lo 3.º *Consideremos quiénes son aquellos que han entrado por otro lado...* ¿Por dónde han entrado tantos que se dicen iluminados, tantos entusiastas, tantos seductores? ¿Por dónde ha entrado Mahoma, para hablar solo de este como del mas conocido hoy en día, y del mas célebre? Se presentó seiscientos años despues del establecimiento del Cristianismo, que él ha copiado en cuanto ha podido; pero de su persona, de su venida, de sus acciones, de su vida, de su muerte, ni siquiera una sombra se halla en los Profetas. Esta puerta estaba para él cerrada. Menos aun le estaba abierta la de los milagros. Confiesa él mismo que no ha sido enviado para hacer milagros. ¿Cómo, pues, ha entrado él?... Como un ladrón, como un asesino, por fraude, vendiendo visiones absurdas de que ninguno ha podido ser testigo; por violencia, tomando las armas y poniéndolas en manos de aquellos que se unían á él; por medio de